

Aurelio Maroto

Aquel día, Paco oyó disparos. Estaba haciendo guardia y le subieron las pulsaciones. El tiroteo procedía de algún lugar cercano y él estaba allí, con su fusil preparado, como cualquier soldado en una misión, aunque sea de paz. Felizmente, las apariencias engañaron. Una pareja se estaba casando y allí, donde las armas campan por sus respetos, lo celebran así, disparando al aire como el que tira arroz al salir de la iglesia.

Los Balcanes siguen siendo un aviso. Hay demasiado odio como para pensar en un arreglo a corto plazo y las fuerzas extranjeras de pacificación son el sostén de una región azotada hasta la extenuación por la guerra. Entre ese amasijo de etnias, donde la pobreza y la corrupción son el pan de cada día, un solanero ha vivido durante varios meses una experiencia que le ha dejado sentimientos ambivalentes, a caballo entre la satisfacción del deber cumplido y la frustración de que ha dejado el problema en el mismo sitio y con idéntico rostro.

Francisco José Delgado Baeza tiene 25 años. Toda su vida quiso ser guardia civil y ya lo es, aunque tuvo que pasar por el Ejército, "veía más fácil llegar si primero me hacía soldado". Lo suyo es vocación pura que moldeó su padre, Francisco, oficial de la policía local. A los 18 años aprobó el examen de acceso al Ejército y tuvo su primer destino en Badajoz, en el Regimiento de Infantería Mecanizada Saboya nº 6, donde permaneció durante dos años y medio como fusilero.

La oportunidad de viajar a Bosnia-Herzegovina le llegó muy pronto, en marzo de 2000. Aceptó la aventura y se fue voluntario a Mostar para formar parte de una brigada bajo mando francés en la que había 2.000 soldados españoles. Habían tenido un mes de preparación, pero la realidad, como siempre, iba a superar la ficción.

La religión, el primer problema

La misión de los soldados era eminentemente policial, de control de orden público, patrullaje en las calles, regulación de tráfico y protección de colegios y electores en comicios electorales. Hace seis años, Bosnia era un país en vías de reconstrucción. La mácula de una guerra fratricida permanecía en el ambiente, y no sólo desde el punto de vista urbanístico o arquitectónico. Entre casas semiderruidas y nuevos edificios en construcción, se palpa un ambiente de odio sarraceno entre etnias. Paco lo captó desde el primer día, "se nota en seguida lo mal que se llevan los bosnios con los croatas, los serbios con los albanos-kosovares, los serbios con los croatas...". Sin embargo, en el fondo de todo subyace el problema de la religión, "la religión es lo que más influye y la espoleta final que produjo la guerra". No se puede ser más claro. Los ortodoxos (cristianos) no se pueden ver con los musulmanes, así de simple. Y para que quede claro, están dispuestos a cualquier cosa.

El monasterio de Goriok

El ejemplo de las monjas de Goriok es revelador. Fue en su segundo destino como voluntario, en Kosovo, donde pasó el verano de 2005 desde su segundo destino en el Regimiento de Infantería Acorazada RIAC-61, en El Goloso madrileño, donde se hizo conductor de un blindado M-60. Istok es una población de unos 15.000 habitantes, con casas y calles diseminadas, como trazadas por el lápiz de un niño. Los albanos-kosovares desplazaron a los serbios tras la guerra. Sólo quedaron un puñado que viven en un auténtico gueto, por supuesto protegidos por las fuerzas de la KFOR. Paco recuerda cómo un día "mataron a un serbio de un hachazo". Pero siempre cuenta el caso de las 8 monjas ortodoxas serbias que habitan el monasterio de Goriok, en territorio kosovar. Un destacamento protege permanentemente el edificio, "las monjas no quieren irse de allí bajo ningún concepto". Para cualquier occidental acostumbrado a otra

Misión en l

*Francisco José Delgado relata a GACETA
Bosnia y Kosovo, donde el odio étnico y,*



Francisco José -en el centro- junto a un grupo de niños de

dato M-60. Istok es una población de unos 15.000 habitantes, con casas y calles diseminadas, como trazadas por el lápiz de un niño. Los albanos-kosovares desplazaron a los serbios tras la guerra. Sólo quedaron un puñado que viven en un auténtico gueto, por supuesto protegidos por las fuerzas de la KFOR. Paco recuerda cómo un día "mataron a un serbio de un hachazo". Pero siempre cuenta el caso de las 8 monjas ortodoxas serbias que habitan el monasterio de Goriok, en territorio kosovar. Un destacamento protege permanentemente el edificio, "las monjas no quieren irse de allí bajo ningún concepto". Para cualquier occidental acostumbrado a otra

Emilio Nieto, 39
Tlf.: 926/63 15 80
Fax: 926/63 38 56
LA SOLANA (C. Real)

 **Los Pepotes s.a.**

MATERIALES DE CONSTRUCCION
FABRICACION Y VENTA DE MUEBLES

Independencia, 8
Tlf.: 926/61 36 08
MANZANARES (C. Real)

DISTRIBUIDOR PORCELANOSA